

# La parábola del cometa cautivo

Escribe: **EDGAR LEON GARAVITO P.**

## ADVERTENCIA

Los números de páginas indicados en este texto se refieren a la edición española del libro **El otoño del patriarca**, de Gabriel García Márquez, Plaza & Janés, S. A., Barcelona, 1975.

**"Oh gran astro, qué sería de toda tu felicidad si no tuvieras a aquellos a quienes iluminas".**

(Nietzsche, *Así hablaba Zaratustra*, IV, El signo).

## I. ALLEGRO

Se llamaba Zacarías Alvarado (p. 132) y hay que decir bien se llamaba porque a lo largo de tortuosos avatares fue conducido primero a llamarse el general, luego con mayor marcialidad y sentido de la pertenencia pasó a llamarse mi general y finalmente, habiendo caído en manos de un famoso productor de cuartillas, terminó siendo conocido como el patriarca. Fue entonces cuando comenzó su otoño.

No, no era tal final de tortura el que había imaginado cuando una madre como la suya lo bendecía con el beato gozo de llevar el mismo apellido de su hijo, ni tampoco cuando en un arranque de mocetón decidió jugar a ser presidente encabezando una nueva revolución liberal, que sería, ésta sí, definitiva, cuando ni él mismo creía en tales presagios. Pero los presagios se volvieron fatales y ahí había quedado convertido en patriarca, sin que fuera eso lo que tanto le molestara sino lo otro, la tortura de haber perdido su nombre y su historia y su vida mientras pensaba que nada podía ser perfecto ni en esta vida ni en la otra, o sea en esta, la verdadera, la única, la eterna, mientras no se decretara lo contrario.



¿Cómo había sido posible tanta derivación de sus proyectos? ¿En dónde había ido a parar su nombre más allá de una edad que parecía sin término y en la que “estaba de mi general hasta los cojones” (p. 223), siendo que hasta la misma muerte se había equivocado con él y lo había llamado “Nicanor, Nicanor” (p. 269) como si fuese cualquiera de los mortales? Todo parecía mostrar que no había resultado nada fácil esa pasión por el poder. Bien mirada la cosa, ahora, cuando estaba pronto a dejar de ser ese punto quieto recolocándose en el tiempo lineal abierto que le hablaba de su muerte, era ahora cuando comprendía que no había sido un general que tenía pasión por el poder, sino que, por el contrario, había sido el instrumento de un poder que tenía pasión por los generales. Qué dolorosa constatación para él que siempre quiso ser la presencia misma del poder. ¿Acaso no había asistido al paso reverencial de generaciones ante su presencia de general? Qué martirio y qué desconcierto para él que creyó ser siempre la forma de presentación espacial y temporal del poder jugándose el lugar sublime del fundador de una estética producida al ritmo de las armas y de la disciplina. Qué ingrato destino éste que le mostraba de pronto que no había vivido sino en el remanso de la ensoñación y que la cruel verdad era que no había en él nada más que representación, como en un juego de marionetas, pura codificación de un doblaje, pura letra, puro código, extrapolado, expulsado del sabroso ritmo del caudillaje, del compadrazgo y del gamonalismo participante.

¿Quién era el responsable de esta soledad de letra muerta, de esta pesadez de signo no leído que le inundaba el cuerpo en una plenitud rayana en el vacío, quién era el responsable de esta su anorexia de poder, flotando en la quietud perpetua del silencio? Alguien, un agente efectivo, se había apoderado del ritmo, del tiempo y del espacio, alguien, con su red microscópica de poder, había corrido a atar los cabos, a orquestar los ritmos, a agenciar los tiempos de sumisión al régimen, alguien, con máscara ambigua se presentaba como el poder pulsando a paso lento y seguro el gotero medido de la represión, alguien, como Rodrigo de Aguilar que “había logrado establecer otro sistema de poder dentro del poder” (p. 124) o como José Ignacio Sáenz de la Barra, que no podía ser otro, con la orquesta de cabos y agentes de su batallón de la muerte. Y él, entre tanto, sin percatarse de que estaba siendo víctima de la más vil de las traiciones, que a su espalda el tiempo se precipitaba en rebeliones y escaramuzas



sin cuento, en génesis, rupturas y procesos, en historias múltiples y diferenciadas, él, entretanto, sin percatarse de que el tiempo entraba en la crisis del tiempo mientras, extasiado, contemplaba la eternidad de su instante y fluía imperceptiblemente hacia la ensoñación de que era la presencia del poder cuando en realidad lo habían metido en un corredor de expulsión para que pasara de ser signo deseado a pura letra muerta acumulada entre las basuras del museo nacional.

No, una vez más, no; no era tal final de tortura el que había imaginado, algo estaba errado desde el principio y en consecuencia había terminado de patriarca alguien que tenía auténtico espíritu de profeta, como el gran Mohamed envilecido por los traductores al llamarle Mahoma, como Jesucristo, como Zaratustra y todos ellos, quienes conocían el poder del signo y habían sabido devenir signo deseado por interpretaciones en pugna. ¡Oh! guerra santa, que habría de definirse siempre del lado del signo, del devenir signo, del profeta del signo; pero algo estaba errado porque él había terminado de patriarca; lo supo desde el instante en que el pueblo le mostró tamaña indiferencia cuando “nadie reconoció la mano desvalida que iba diciendo adioses sin destino desde el féretro refrigerado de la limosina presidencial” (p. 229). Supo que era Dios en un pandemonium de desorden molecularizado al que era indiferente, supo que era el centro de una multiplicidad descentrada y en metamorfosis de microsubversiones, supo que era el referente de una incontrollable neblina de deseo sin referente posible que bañaba su jardín de las delicias y subrepticamente se aliaba con brujas y espíritus del mal en una labor de descodificación de la apariencia fría del letargo, supo, en fin, que era un sueño.

Era necesario, a veces, retomar la forma de receptividad de lo espacial y lo temporal donde el yo soy sueño se había hecho posible para impedir que se repitiera. Era necesario retomar su historia y su lugar y de ahí la rebelión militar que dirigió contra los dispositivos de poder de José Ignacio Sáenz de la Barra quien “se sofocaba empapado por un sudor de hielo en el horno crematorio de la oficina presidencial” (p. 238). Sin embargo tales experiencias sólo llevaban a reconfirmarle la fatalidad de letra muerta que le había trazado el destino porque paralelamente al desahogo popular en el cuerpo destrozado de Sáenz de la Barra los comandantes rebeldes reproducían el batallón de la muerte y lo



reconducían a él a una forma de pensamiento en la que había que creer, por la que había que obrar, de la que había que esperar la vida eterna. Fatal reconducción hacia el pretexto, hacia su ubicación como pretexto para el ejercicio técnico del poder, como había sabido que lo hacían los ocupantes de las tres carabelas al demandar sumisión en nombre de Dios y de la Reina —sus pretextos— y después atacar con técnica polvorienta un rizoma aborigen que no acababa de entender de qué se trataba con tanta pesadez de indumentaria, tanta verborrea inoperante, tanta estupidez conglomerada, tanta decepción de que estos fueran los mensajeros de los dioses durante tantos años esperados.

## II. ADAGIO

Solitario, abstraído, silencioso, desencontrado de sí mismo, absorto ante el misterio indescifrable de su extrapolación discursiva, nada decía porque nadie escuchaba y asistía sin discurrir al transcurrir de una vida que se le precipitaba en el silencio. Allí estaba, redoblado sobre sí mismo cual letra olvidada en un archivo de espejismos, sintiendo que no se le había entendido, que se le había querido leer como si los tiempos de ahora fueran aquellos tiempos gloriosos en que se paseaba por los paisajes del signo imprimiéndole la puntuación a esos caminos de novela. Tanto tiempo había pasado sin que lo descubrieran en su recoveco de doblaje, tanto tiempo se le había imaginado paseando como antes cual personaje de historias, que ya estaba seguro de que le habían olvidado, que había dejado de ser y era una letra muerta. Sólo sus críticos lo seguirían buscando por la vía de la historia y de la política, sin soportar la ausencia tautológica a que los avatares de lo trágico lo habían conducido.

Pero era necesario hacer valer su paisaje de máscaras. Mostrar lo que era él como instante de la letra, allá, al otro lado de quienes le habían traicionado y se habían apoderado de la historia y de la política. Era necesario contar la tragedia de su soledad a quienes no se percataban que una cosa son cien años de soledad sin más como intento de historizar el mito y otra muy distinta son cien años de soledad patriarcal, donde la historia del mito es la máscara con la que se disfraza el mito de la historia para no dejarnos ver este vacío, este abismo disyuntivo, esta demolición de tanto romanticismo de los contactos, de los circuitos, de las sucesiones y de los procesos.



El había visitado la plenitud absoluta del vacío, el todo y la nada, el antes y el después, ensamblados en el ritmo retórico de la verdad, que era él, conjugados en el ritmo eterno de la presencia invisible, que era él, tributarios con ciega creencia en la palabra divina, que era él, en el Dios, que era él, en el yo soy el que soy, que era él, en la tautología. El era el decir tautológico de las zarzas ardientes de los libros sagrados y si pasó por la letra de novela fue para recrear su espacio de mundo verdad, su modo de ser despojado de toda mancha de contenido, su letra de la letra en un juego de espejos de nunca acabar de donde derivaba la gran política del poder, el paisaje retórico maquillando la gran tautología, el yo soy el que soy, el yo, poder, sólo quiero poder. En efecto él cumplía la función de supuesta verdad por la cual el mundo era mundo, y así toda pregunta, todo giro inesperado del destino, todo golpe de buena o mala suerte, todo detalle, anhelo, esperanza, bien y mal, toda ruina, desastre, desgracia, cuartel, prisión, terror, condena y tortura, toda respuesta, encontraba en él la consistencia que sólo podía dar un santo alumbrado con velas, un padre y señor nuestro, un profeta invocado “para enderezar la suerte de las parturientas y cambiar el destino de los moribundos” y que no dudaría en castigar ejemplarmente a aquellos que “besaban la huella de su bota en el barro y le mandaban conjuros para una mala muerte” (p. 268). Porque a él nada escapaba, él lo veía todo, él era el rector universal del bien y del mal, del principio y del fin, de la vida y la muerte y el destino.

Todo eso pasaba en la época de su prosperidad, cuando se acrecentaba su poder con el reflujo de su identidad como signo. Porque mientras él fuera el signo del tiempo todo quedaba ganado, ganaba identidad, ganaba el poder de ser leído, se objetivaba como referente de interpretaciones que a sus pies se disputaban el mérito de tener la correcta lectura, y él, preocupado tan sólo por nada interpretar, por volverse absolutamente plano, por dejarse admirar como el signo del grueso calibre y sobre todo, por no abandonar su medio tautológico, su patria circular de la palabra vacía de donde derivaba su propio ser, es decir, la magia de ese poder intolerante con el que doblegaba todo intento de desalojo.

Pero —como siempre— la prosperidad no había venido sola sino acompañada del anuncio paralelo de la muerte. Y por eso se fue a buscar en secreto por los desfiladeros de mulas a esa vidente única que descifraba la muerte en las aguas de los lebrillos.



Sin embargo la vieja le descifró una muerte de clausuras finales entre los ciento siete y los doscientos treinta y dos años, creyendo consolarlo al decirle que bien podía dormir con calma. Pero no, no dormiría con calma porque no era esa muerte que llega al final la que tanto le aterrorizaba sino la otra, la de todos los días, la amenazante muerte de no devenir el signo que sin embargo ya era, la muerte del deseo de un pueblo que lo alimentaba al leerlo como signo. Desde entonces se le despertó esa terrible desconfianza porque supo que todo lo podría aguantar menos el pasar desapercibido, cautivo en un repliegue del ensueño. Y fue así como se aferró a Patricio Aragonés, ese doble tan perfecto que ni él mismo lo podía creer, a quien encontró en una falsa carroza presidencial por entre pueblos de indios dedicado al próspero negocio de la suplantación. Pero en lugar de mandarlo fusilar en el acto para escarmiento de todo intento de futuros simulacros, se puso a darle de comer de su propio plato y a darle de beber de su propio vaso, no sólo para que fuera su doble el que se muriera por si acaso la comida estaba envenenada, sino para poder mantenerlo como suplantador oficial hasta el día en que concibió por fin el proyecto acabado de esconderse él y envenenar a Patricio Aragonés a ver qué pasa. Y al principio, para su propio terror, no pasaba nada, la noticia no se divulgaba y “él se preguntaba, confundido en su escondite, qué había pasado en el mundo que nada se alteraba con la patraña de su muerte, cómo era que había salido el sol y había vuelto a salir sin tropezar, por qué este aire de domingo, madre, por qué el mismo calor sin mí, se preguntaba asombrado” (p. 31). Ya comenzaba a confirmar sus temores de que él no era más que una adherencia imaginaria y que lo había inflado su propia figuración de un supuesto deseo popular inexistente, ya comenzaba a morirse de verdad resoplando la amargura del signo no leído, ya comenzaba a desaparecer para él mismo al no haberse escuchado la menor respuesta a su compulsiva demanda de identidad, ya se desdibujaba entre el negro sepulcro de su escondite, cuando sonó el intempestivo cañonazo en el puerto, empezó el redoble de las campanas y la muchedumbre se fue acercando a la casa presidencial primero cautelosamente, y luego, con gran alboroto, gritando que el muerto era él, para que comenzara ese miércoles de carnaval. Entonces volvió a vivir, supo que su hora grande había llegado y saliendo de su escondite, pasó al lado del cuarto donde estaba su cuerpo en cámara ardiente para descubrir el conciliábulo.



bulo de la traición reunido en el salón del consejo de ministros, “invocando la unión de todos contra el despotismo de siglos para repartirse entre todos el botín de su muerte, tan absortos en los abismos de la codicia que ninguno advirtió la aparición del presidente insepulto que dio un solo golpe con la palma de la mano en la mesa y gritó ¡ajá! y no tuvo que hacer nada más pues cuando quitó la mano de la mesa ya había pasado la estampida de pánico” (p. 34) y las ráfagas de ametralladora de su guardia presidencial se encargaron de rematar a los sobrevivientes. Porque todo eso pasaba en la época de su prosperidad cuando se acrecentaba su poder con el reflujo de su identidad como signo y se le reconocía como verdad que no negaba nada a los fantasmas creadores del deseo. Y a pesar de su terrible desconfianza allí estaba él, aún él, de nuevo él, como amo supuesto saber, es decir, como verdad, como pura verdad, que se reacomodaba con regocijo en el sillón presidencial al contemplar a su pueblo, esa gente que mucho lo quería, que a veces se dejaba engañar por los traidores, era cierto, pero que en el fondo le seguía siendo fiel y lo seguía contemplando con emoción en el afán de descubrir en su amo la verdad que ocultaba, la respuesta que prometía, la solución a la miserableza de estas angustias de pesadilla. Y a él le bastaba con quedarse en su sitio, sin hacer absolutamente nada, guardando silencio, esperando que el pueblo siguiera atribuyéndole todo lo que pasaba y lo que no pasaba, lo que se hacía y lo que no se hacía, todo presagio y todo evento y todo milagro y todo sortilegio. Sí, eso era lo que él llamaba un pueblo fiel, un pueblo disciplinado.

Era tiempo, entonces, para estar tranquilo y para decirle a sus críticos que alguna vez quisieron insinuarle que él vivía en una fantasía tautológica casi exterior a su mundo de novela, que supieran de una vez por todas que toda novela escrita sobre él desde el lugar donde estaba sentado, tendría que ser tautológica porque ese era el lugar que a él le correspondía, su espacio, su territorio, el sentido y la razón de su existencia. Y que si el mundo de novela era un mundo de invención, un acontecimiento discursivo al que se le quisiera hacer constatar lo real de la fantasía y la fantasía de lo real, entonces él no pertenecía al mundo de novela y sería quizá el primer personaje extranovelado del mundo novela.

Porque, señores, sólo es capaz de inventar quien no cree en la verdad y él era la verdad misma y seguiría creyendo en él mismo



mientras hubiera todo un pueblo dedicado a descubrirlo a él como verdad absoluta. Pues había que tener confianza en la voluntad de verdad de un pueblo como el suyo atareado en descubrir, cuidándose —eso sí— de los agentes de la práctica de la invención, porque inventar era abrirle paso a un universo molecular y sembrar la perversión en el corazón de las gentes, quienes, entonces, se perderían por los laberintos infinitos de un poder-saber indisciplinado.

Y no, eso sí que no, él no podría soportar diáspora semejante que empezaría por erosionar su tautología y que repartiría los miembros de su cuerpo-letra por una biblioteca de Babel donde se volvería irreconocible. Y todo podía ser menos eso. Porque, ¿qué sería de él si un universo plural de azares e interpretaciones comenzara a pasar de largo, a atravesarlo, a prender en su cuerpo un festival de erupciones incontenibles, de estrategias de dispersión y de fluíres insospechados? Señores, para él era ante todo necesario librarse del terror que lo perseguía desde hacía siglos, ese terror de saber que algún día habría de asomarse al espejo de todas las mañanas y habría de recibir del otro lado, en vez de la familiaridad de su cara, la tentación ante un antropoide enmascarado meciéndose en un columpio colgado desde el colmillo de un saurio del secundario, o ante un lobo concupiscente abrazado con manos arbóreas al cuerpo blanquecino de una Eva embarazada, o ante la caída de una espada que no cesa de degollar a un hombre sonriente, o ante una mano sangrante clavada en la armadura de una rata tamborilera a punto de poseer a un hombre, o ante un cuerpo ya casi devorado por cuyo ano escapa una bandada de pájaros, o ante todo ese desvarío conspiratorio del que fuera una vez su jardín de las delicias.

### III. LARGHETTO

Pero no, nada de eso apareció aquel día. En cambio vio aún el reflejo de su cara, la cual le resultó mucho más joven pues era esa cara triunfante que garantizaba la validez del papel moneda y que estaba allí ocupando el hueco del poder. Entonces sintió el cosquilleo nacido del regocijo que le producía pensar que en ese mismo instante estaría su pueblo resonando al unísono en un solo alarido de pánico, ante la alucinación generalizada de ver aparecer, cada cual en su propio espejo, esa misma cara triunfante, esa, su cara eterna, esa, su cara insigne de papel moneda.



Sin embargo, pasado el primer impacto y estando allí colocado frente a su imagen tuvo por primera vez en su larga vida la revelación de la necesaria pluralidad de su universo, que se mantenía en equilibrio antes de la precipitación en el caos. Y sintió que por un momento lo veía todo. Primero vio su cara marcada por la amargura. Después vio el cortejo, los claros clarines, el oro y el hierro de los paladines, marchando por el desfiladero de la angustia, porque eran desplazados por la imagen de la traición que mostraba a sus ministros y sus generales repartiéndose el botín mientras un pueblo vociferante le hacía sentir que no había que decirse mentiras, que en el fondo ya nadie le quería y que se había quedado solo, terriblemente solo, envuelto en el monólogo de un poder que caía en el letargo de la muerte. Y finalmente vio todo lo demás; vio cómo se desvanecía la verdad, que era él, vio cómo se deshacía el mito que era él, vio, allá, al otro lado del espejo, cómo volvía después de muchos siglos a ser la imagen de otro y perdía así la identificación primaria que había marcado la circularidad de su despotismo. Entonces se abrió ante su mirada la multiplicidad heterogénea de circuitos, de pasiones, de fluíres, de lecturas, de transcurso que habían sido desdibujados del espejo por la sobrecodificación ejercida por su cara pero que ahora, cuando por fin dejaba de verse él para ver aquello que lo descomponía, comenzaban a poblar el cristal para mostrarle un universo que nunca había querido notar y que ni sus críticos, ni sus aduladores, tributarios todos de su rostro de patriarca, se habían podido permitir en la desconstrucción de aquella entidad imaginaria. Y comprendió que en el negocio del poder nunca falta un lugar para lo inesperado, más allá de todo cálculo y toda proyección y toda voluntad, y que hasta los planes mejor concebidos terminan por perderse en un laberinto propuesto por el demonio del azar. Porque ¿cómo hubiera él podido calcular todos los movimientos simultáneos que veían sus ojos en ese instante siendo que él mismo había estado metido en esa maquinaria de flujos y de recortes?

Era ahora en el umbral de su disolución cuando podía ver la serie de los deslizamientos que se habían producido. Y así, en el primer deslizamiento se vio conducido de ser el caudillo de una nueva revolución liberal a ser el punto ciego de una verdad extrapolada. La revolución liberal la había conservado sólo borrosamente en la memoria a excepción del recuerdo fijo de un pueblo, rayano en el delirio, que se le abalanzaba entusiasmado



al ver su porte triunfante de general a caballo. Pero un recuerdo tan amable no compensaba la tortura de su derrumbe hacia el enclaustramiento en una casa presidencial anillado ahí como forma de representación y cada vez más inquieto, más silencioso, más ritualizado y más ajeno a todo lo que circundaba el tiempo y el espacio.

Y supo que paralelamente se había presentado un segundo deslizamiento compensatorio del primero. Mientras él luchaba por no perder su nombre guardado tras las rejillas de la casa de gobierno, el batallón de la muerte de José Ignacio Sáenz de la Barra fluía hacia la práctica efectiva del poder, historizando el régimen, geometrizando el espacio, imprimiéndole al paisaje las estrategias del sometimiento. Era a otros entonces a quienes había correspondido la relación directa con el pueblo y con todas las fuerzas de la tierra para entretejer allí el ejercicio del poder fundamentándolo sobre la trama de la historia. Esa había sido la tarea de sus compadres, los gamonales, los curas de parroquia y demás agentes del batallón de la muerte. El, en cambio, había sido convertido en un Dios sin territorio, extrapolado, exterior a las determinaciones del espacio y del tiempo, cumpliendo el papel de ser el signo de la verdad y enfrentando aterrorizado su caída en el vacío infinito del caos cuando ese signo verdad dejara de ser reconocido.

Luego vio que en el tercer deslizamiento, habiendo sido extrapolado del poder, las palabras comenzaban a fluir precipitadamente a sus pies, bajo su propia mirada impotente, para ir a constituir por fuera de él un discurso novela. Y fue así como se sintió no sólo extrapolado del régimen sino además extranovelado de su propio texto. Porque el ritmo que adquirirían esas palabras le resultaba cada vez menos soportable, ritmo demoníaco, subversivo y atentatorio, que intentaba la variación continua y que no le daba tregua a nadie y menos a él en su lucha por resguardarse a toda costa en la quietud eterna de su función de patriarca. Porque tantos años de ejercicio del mando le habían enseñado las cosas a las que había que temer por encima de todas las demás, por encima de las traiciones y de las conjuras y de los malos presagios y de las rebeliones. Y sabía, por eso, que el peligro mayor venía por el lado del zumbido corrosivo y angustiante de la disritmia de un relato que invadía su universo y que, textualmente, lo expulsaba del cómodo ejercicio del despotismo.



Ante un universo invadido de esa manera, él no podría ser ya la forma que da cuerpo a un contenido, y hablar de materia y forma no querría ya decir absolutamente nada, si la subversión que lo estaba sacudiendo en su propio mundo relato no admitía ya que la materia fuese informada sino que por el contrario lo perseguía con la fuerza creadora de la estridencia literaria. Fuerza literaria que sacudía la forma patriarcal del despotismo letrado y que en el subfondo anunciaba el derrumbe del poder totalitario. No sólo el derrumbe de él, como patriarca; también el derrumbe de las obras literarias que se piensan como totalizaciones acabadas, el derrumbe del panorama doméstico que se pone por límites lo real y lo racional, el derrumbe del enquistamiento cultural, el derrumbe de la representación y con ello, la caída de la forma patriarca que informa un régimen y una novela, para dar paso a una contracultura de la fuerza, de la estridencia creadora, de las pulsiones y de las molecularidades. Era ese el peligro de un texto como el que se abría ante su mirada y que le provocaba esa inmensa sensación de soledad producida no porque se dijera que estaba solo, como algunos creían, sino porque él había querido regular el ritmo de la forma novela y se había encontrado aislado como una figura de retórica frente a una maquinación pasional de microsubversiones que diluía la unidad yóica de los personajes, descomponía la estructura del conjunto, introducía el monólogo de todos y de nadie en un atentado contra el principio de identidad y sobre todo lo conducía a él a ser un ocupante sin casilla en su propia patria discursiva.

Pero fue el cuarto y último deslizamiento el que le produjo una aterrorizante sensación de amenaza. Porque se vio a sí mismo haciendo parte de ese flujo oral de miles de voces que ocupaban la función parlante, que se entrecruzaban en el fondo oscuro del lenguaje, que destruían las pausas, los lapsos, las comas, los puntos y los ritmos, que intercalaban zonas de disolución y que destruían las armonías redentoras del diálogo. Entonces supo que él pertenecía y no pertenecía, que era y no era parte componente de ese pandemonium molecular que rechinaba bajo su mirada y que lo trataba con indiferencia; y sintió así el anuncio de su destrucción en el abismo disyuntivo que lo repartía para siempre entre su extrapolación eternitaria en la retórica de la función verdad y su historización social encarnando el pasajero personaje de una novela de pesadumbres.



Era cierto que él había practicado las argucias de la retórica para tratar de cubrir con ello la inconsecuencia política absoluta de alguien que había vivido redoblado en la identidad como signo. Pero no se podía confundir la fauna y la flora multicolor de su discurso con ese ritmo estridente de las palabras que hablaron de su otoño, porque éstas constituían una demoledora máquina de guerra que ni siquiera quería crear nuevas relaciones históricas y sociales como lo intentaban los críticos de su política sino que anunciaba una amenazante desterritorialización cultural que rompería el ciclo repetitivo del cometa para dar cuenta de él y de sus críticos y de todas las formas del sometimiento. Era claro que tanto él como sus críticos habían luchado: él, investigando el condicionamiento desde el mundo verdad; sus críticos, determinando las condiciones de las posibilidades históricas. Pero ahora, ante el panorama desolado de su muerte, había que confesar que esa embrujada percusión carnavalesca que tanto los torturaba al obligarlos a la perpetua vigilia, había triunfado para siempre, al envolverlos poco a poco en la magia de la noche.

Muchos siglos después, sin embargo, se tendría aún una vaga noticia de ellos por un cuento muy antiguo que los niños le seguían contando a los viejos y que llamaban la parábola del cometa cautivo:

#### IV. RONDO

Cada noche sideral, cuando el sol acudía a su ocaso y se abría la inmensa pantalla del firmamento oscuro donde estrellas engalanadas con pálidas lucecitas discutían a distancia sobre la belleza de unas y otras, el cometa-niño, a quien tenían sin cuidado tales intrigas, sabía que el momento de la aventura había llegado. Entonces, orgulloso del encanto que irradiaba la luz plateada de su estela con la que despertaba las últimas estrellas, se ponía a crear las mil y una filigranas de figuras indescifrables que alguna vez asombraron a los artistas musulmanes quienes las reprodujeron cuidadosamente sobre las paredes de las mezquitas. Así, errante por el negro tablero del infinito, el cometa-niño se convertía en un artista celeste, dibujando con toda la ligereza de que era capaz la libertad de su espíritu hasta que se anunciaran los primeros trazos de la aurora y entonces se recogiera en el secreto del ensueño.



Sin embargo era un viajero que padecía la debilidad de la inocencia. Sabía dibujar, era cierto, pero no conocía la música y no había aún aprendido a diferenciar las voces universales midiéndolas con el diapasón que distingue aquellas que saben afirmar el si y afirmar el no de todas las demás. De esa manera el cometa-niño no había pasado por la dura prueba del saber jerarquizar y era un paseante ingenuo del universo debilitado por el flaco espíritu de la confianza. Por eso podía ser la fácil víctima del ardid que goza con desflorar la inocencia.

Una noche, queriendo ver regiones que nunca antes había osado explorar, oyó una voz que lo llamaba desde la baja profundidad del espacio. El cometa-niño no sabía el riesgo que corren los cometas cuando vuelan muy bajo y por eso se acercó confiadamente para ver quién le quería hablar. Era el viejo mago de la voz adulatora y de los pies de plomo quien se arrastraba pesadamente por el confín del universo vestido con una túnica roja con el fin de hacerse notorio. Entonces el viejo mago le habló así:

—¡Oh, bello cometa, signo del ocaso, qué habría sido de mis largas noches de insomnio de no ser porque mi soledad y mi tristeza han encontrado consuelo en tu arte de dibujante sideral! Porque has de saber que durante muchos días te he esperado y durante muchas noches he seguido tu huella, expectante de día y jubiloso de noche, absorto en la más emotiva contemplación de la belleza infinita de tu trazo. Alabado seas por otorgar a manos llenas el amparo de tu arte a este viejo soñador que te observa admirando tu libertad y tu gracia. Sin embargo, la alegría con la que vives tu aventura me demuestra que no has tenido aún noticia de la miseria que me acompaña. Mírame a mí, alguien que podría compartir contigo la inmensidad del espacio, teniendo la desgracia de morir adherido como el hierro al imán en este confín del universo. Mira mis pies que ya no responden al llamado de la libertad y mira mis brazos que se elevan hacia lo alto buscando al ágil amigo capaz de romper las cadenas que me oprimen. Compadécete de mí, cometa-niño, porque si me permites alcanzar tu estela yo podré abandonar mi detención y mi tristeza y de esa manera el recuerdo de mi desgracia no ensombrecerá por siempre el brillo de tu luz sino que, por el contrario, ambos seremos libres y tú podrás dibujar filigranas aún más jubilosas confortado en la idea de haber otorgado a un hombre cautivo la libertad del vuelo.



Cuando el mago terminó de hablar notó que sus palabras habían sido convincentes. Entonces sintió un sano desprecio por la ingenuidad del cometa. Porque el cometa-niño había olvidado que en todo universo hay un lugar llamado el paraíso del idiota que es lugar reservado también para los cometas débiles, aquellos que han recorrido los dos únicos caminos prohibidos para todo cometa universal: el primero, escuchar la lisonja y el segundo, sentir compasión. Y al creer en el viejo mago, el cometa-niño había tenido oído para la lisonja y corazón para la compasión. Por eso era un cometa débil que no había aprendido el difícil arte de diferenciar las voces y que no advirtió que si los pies del mago se adherían a la solidez del piso como el hierro al imán no era por azar sino porque tenían entre ellos una naturaleza que los complementaba al oponerlos en una especie de necesidad de uno y otro.

En la noche celeste varias estrellas se habían asomado con curiosidad a contemplar la lucha que por romper su adherencia terrena libraba el mago, iluminado por la estela del cometa y haciendo grandes esfuerzos por destruir tantos años de sujetamiento. Finalmente lo consiguió y fue entonces cuando el cometa-niño advirtió que era invadido por el espíritu de la pesadez y que había sido engañado por las palabras del viejo mago quien le había hecho creer que tras aquella túnica se afirmaba la voluntad de potencia cuando en realidad se ocultaba la voluntad de dominación ritmada por una voz que le había hablado desde el resentimiento. Entonces el cometa sintió un sano desprecio por el espíritu reactivo del viejo mago. Pero éste se había ya apropiado de la luminosidad del cometa y, a pesar de que la pesadez de su cuerpo no lo dejaba desplazar en el espacio, había logrado formar a su alrededor, gracias al atractivo de su luz, una constelación de estrellas y de planetas sobre los cuales empezó a ejercer el despotismo. Y era una constelación prisionera alrededor de un cometa pesado, incapaz de remontarse al infinito.

El mago se hizo considerar primero como el señor de la noche, el amo que congrega las estrellas para otorgarles el beneficio de su luz. Hizo creer que su estela irradiaba factores benéficos imprescindibles para el resto de la constelación y habló de los enormes monstruos que amenazaban en el universo abierto a todo aquel que se atreviera a disgregarse y a nomadizar. Apropiándose de la seguridad de los planetas los sometió así a un bajo



servilismo. Desde entonces su única preocupación fue la de ser identificado como el signo del poder, el amo universal, con lo cual se consolidaba el despotismo.

Y así pasaron muchos años que los astrológos de Egipto habrían de llamar “la edad de pesadilla”, en la que con cada aurora retornaban los sueños de libertad y con cada ocaso el régimen volvía fortalecido.

Pero el cometa-niño estaba triste y la tristeza opacaba su encanto. Aquel que había sido el astro errante del universo, el aventurero de la alegría y la creación, el amigo de la libertad y de la ligereza, se había convertido en un cometa taciturno que cada noche perdía más su brillo desdibujándose en una palidez de agotamiento. El cometa-niño se apagaba sin advertir siquiera el desespero que invadía al viejo mago quien luchaba por revitalizarlo con palabras de aliento. Pero no hay nada que pueda devolver la alegría a un cometa cautivo y así, también el viejo mago fue ensombrecido y su voz enmudeció lentamente cuando en el confín del universo un leve resplandor final anunció la muerte del cometa quien se diluía para siempre en la oscuridad de la noche.

Un silencio cauteloso como es aquel que acompaña a la transgresión cubrió entonces el universo, como si se esperara la precipitación de transformaciones incontrolables. Y en efecto, pasado el primer instante de detención, se produjo aquel despertar asombroso: primero apareció la curvada elegancia de la cornamenta de Aries, luego venía la mansedumbre de Tauro y después el abrazo deseante de Géminis. Y tras ellos, las aspas selectivas de Cáncer y Leo, el de la fuerza y Sagitario, el de la agudeza y Escorpio, el de la perversa astucia y así todas las demás constelaciones como signos de la nueva era de un universo plural y en expansión, porque estas constelaciones explorarían el nomadismo jugando a crear la diferencia.